

LECCION XXVIII.

De los ejercicios de composicion.

La idea de un arte, dice San Agustin, es más bella en la mente del artista que en sus obras, pero en éstas es donde aparece completa: «intus in animo... ars ipsa pulchrior est... sed... foris probat in opere; et hoc est perfectum.» Así, pues, para ser orador no basta conocer la teoría de la elocuencia, sino que es necesario practicarla. Los jóvenes practicarán esa teoría imitando buenos modelos, y observando en este ejercicio las reglas del arte; hé aquí lo que se llama COMPOSICION.

San Bernardo ha expuesto, como hombre experimentado, las dificultades que presenta, y la labor que exige la composicion. Agólpense á la mente como en tropel, dice, y con grande variedad, los términos, las oraciones y los pensamientos. ¡Cuánto trabajo para desechar por intempestivo mucho de lo que ocurre, y para buscar lo oportuno que, ó no viene á la mente, ó pasa fugaz! ¡Qué intension de ánimo para combinar la doctrina útil y las ideas exactas con la belleza de la expresión, de tal modo que satisfaga el criterio del buen gusto! «Quantus enim tumultus est in mente dictantium...!» etc.

Sin embargo, todas esas dificultades son vencibles, ejercitándose bajo la direccion de los maestros; y aunque éstos sabrán adoptar entre los diversos métodos aquel que más convenga á sus discípulos consultando todas las circunstancias de cada localidad, séanos permitido exponer las observaciones de nuestra experiencia, ya en la enseñanza, ya por la parte que hemos tenido en la direccion de estas escuelas eclesiásticas.

El primer trabajo es la lectura de buenos modelos; pues, como aconseja San Agustin, el joven debe ejercitarse en oír ó leer á los varones elocuentes, y con su imitacion aprovechará más que con las lecciones de los maestros de retórica: «Ad legendos vel audiendos et exercitatione imitandos eloquentes eum mitto libentius, quam magistris artis rhetoricæ vacare præcipio.» Afortunadamente son tantos, añade, los varones eclesiásticos que con elocuencia han explicado la palabra de Dios, que falta tiempo para leerlos.

A la lectura sigue la traduccion literal del pasaje que se quiere imitar; para la cual las explicaciones del profesor facilitan á los discípulos la inteligencia del texto, de cuyo sentido se apoderan al cabo.

Después de este trabajo oral viene naturalmente la version por escrito del mismo pasaje, en la cual las ideas y sentimientos del autor se han de expresar en castellano fielmente, aunque no palabra por palabra, sino con toda la libertad que permiten la riqueza y flexibilidad de nuestro idioma. Como preparacion para esa tarea recomendamos á los jóvenes la preciosa carta DE OPTIMO GENERE INTERPRETANDI, que San Jerónimo dirigió á Pamaquio, y de que en otro lugar copiaremos parte. La repetition de estos ejercicios, primero limitados á una corta composicion como un exordio ó narracion, una argumentacion oratoria ó peroracion, un pasaje patético u otro en que se usen ya vivas interrogaciones, ya enérgicas apostrofes ó la animada personificacion, y después ampliándolos á la traduccion y análisis crítico de las homilias de los Padres, darán al profesor ocasion, tanto para inculcar en el ánimo de sus discípulos los preceptos del arte, como para formarles su buen gusto, haciéndoles observar la exactitud y delicadeza con que han sido aplicados por los grandes oradores.

Para que se acostumbren á estudios críticos, quisiéramos que los jóvenes leyeran las análisis que hizo San Agustin de algunos pasajes de la Sagrada Escritura, y especialmente la que nos ha dejado de un lugar del Profeta Amós: mil veces la hemos leído, y siempre hemos experimentado un nuevo placer; tendránle también los jóvenes con la lectura de una página donde se nota la pericia del profesor de elocuencia de Tagaste, Cartago, Roma y Milán, y la delicadeza del gusto más exquisito; realzado todo por la dulce y penetrante unción del alma del grande Agustin.

Quando los alumnos se hayan preparado con esos estudios analíticos, entrarán de lleno y con utilidad en el trabajo de la composicion; para ella puede señalarse un lugar de la Sagrada Escritura que haya sido expuesto y explicado por los Padres, indicándoles una ó dos homilias á lo más, para evitarles confusion, y concediéndoles el tiempo necesario para que, meditándolas, puedan hacer suya la materia: provistos de esos materiales, compondrán una oracion corta, pero llena con las cuatro par-

tes esenciales del discurso; ó si el asunto lo permite, con la narracion tambien y refutacion.

Y escrita en papel con ancha márgen para ser anotada, la someterá el alumno al exámen de su catedrático, quien notará en la márgen los defectos de composicion que en ella advierta: el autor la pronunciará de memoria en la clase, y en seguida el profesor manifestará los defectos anotados, para que todos aprendan á evitarlos en las composiciones que á su vez tengan que hacer, y el autor conserve con su trabajo las correcciones de su maestro.

Antes de dar por terminados los ejercicios de composicion, conviene ejercitar á los alumnos en lo que se llama *improvisacion*. Este trabajo se facilita mucho preparando el profesor una ó dos homilias de los Santos Padres, sobre la materia que ha de servir para el discurso del alumno, á quien se darán veinticuatro horas para disponerse, ó ménos tiempo, segun los adelantos que hiciere. El compositor se limitará á conceptuar bien su discurso, pero sin escribirle; únicamente consignará en un papel los puntos cardinales, como la idea dominante en el oxordio, la proposicion, y en su caso la division, el órden con que ha de presentar las pruebas y la idea de la peroracion: esto le bastará para asegurar su proceder y aliviar el trabajo de la meditacion. Fácil será al maestro conocer si el discípulo ha hecho su tralajo lealmente como se le habia ordenado, ó si, por el contrario, le ha escrito y aprendido de memoria. Si los alumnos desean ver esta especie de minutas, en el tomo xxviii de la *Coleccion de Oradores Sagrados*, publicada en París por el Abate Migne, hallarán várias de las que Fenelon escribió al prepararse para predicar.

La elocuencia de los Padres es el tipo que se han de proponer los jóvenes, y por lo mismo el modelo para sus composiciones ha de ser en latin, pues en este idioma se se hallan escritas las obras de los Padres del Occidente, y á él se han traducido las de los Padres griegos, cuya lengua pocos conocen bastante para ejercitarse en la composicion. Con un modelo latino, el compositor se ve obligado á usar una expresion enteramente nueva; y esto, que exige una séria reflexion sobre los pensamientos del original, le facilita hacer los suyos. Por este medio la atencion se excita, se aumentan y se rectifican las ideas, el juicio se asegura y se forma el gusto.

La imitacion consta de dos elementos, de los cuales el uno, que son los pensamientos, y en parte, sus formas, se toma del autor imitado; y el otro, que es la expresion, le ha de sacar el imitador de su propio caudal. Así, pues, los modelos en castellano no son á propósito, porque imitar no es copiar, sino componer sobre un tipo dado; y si este fuese en castellano, el alumno fácilmente haria suyos los pensamientos del modelo, pero al buscar una expresion nueva y correcta saldria mal con su intento, porque copiaria el original, ó la frase sería ménos elegante, ó la afearia con palabras de rebusco, si no es que su composicion adoleciese de todos estos defectos.

Ménos á propósito y aún más nocivo juzgamos que sería el que los modelos fuesen en francés; ya porque esto supone que el alumno sabe ó ha de aprender el idioma, ya porque es necesario pensar sériamente en preservar á la juventud del contagio *galiparlista* que amenaza acabar con la hermosura de nuestra habla, cuya índole tienden á corromper tantos galicismos como la adulteran esencialmente en su régimen y construccion.

No pretendemos condenar para siempre la lectura de los oradores franceses de primer órden, cuyo número, sea dicho en paz, es muy corto, ni desconocemos las ventajas que de esta lectura puede alcanzar un orador ya formado y de maduro juicio; mas no es lo mismo respecto á los jóvenes que empiezan á ejercitarse en la composicion oratoria. El celo y habilidad del profesor podrá disminuir el mal, pero siempre sería éste grande.

Demás de esto, los buenos oradores sagrados, sean franceses ó de cualquiera otra nacion, todos se han formado estudiando el mismo tipo que señalamos como la fuente más pura, es decir, los Santos Padres; así es que en el fondo, como en los pensamientos, y en todo lo que constituye la vida y el alma de la elocuencia sagrada, nada nuevo leerán los jóvenes en aquellos oradores que no puedan encontrar en los Padres. Hallarán tal vez ventaja en el estilo; pero sobre no ser indispensable aquella lectura para perfeccionar el estilo, es urgente mirar por la pureza de nuestro idioma.

Cuando hemos comenzado por desechar los modelos en castellano, nadie podrá tacharnos de parciales porque tampoco aprobemos los escritos en francés; sobre ambas lenguas está su madre comun la latina, cuya exactitud,

majestad, energía y concisión es mal conocida de los jóvenes; ejercíteseles en temas latinos para que su estilo adquiriera esas buenas dotes, y realizándole con las de nuestra lengua, tan copiosa y flexible, tan dulce y sonora, podrán escribir cláusulas majestuosas y floridas como las de Granada y Estella.

Tan grande es nuestra convicción, que quisiéramos que los alumnos compusieran durante el último año de su carrera literaria dos ó tres sermones en latin; así se aficionarian á un lenguaje concreto, y les disgustaria la superflua verbosidad, que es frecuente vicio en los jóvenes: con esto irian acostumbrándose á prescindir en las composiciones destinadas al público del lenguaje familiar y ordinario, lo que es difícil lograr ejercitándose exclusivamente en la lengua castellana. ¿Cómo desentenderse de los términos y locuciones que oímos en la cuna, que usamos en el hogar doméstico y de que todos nos servimos en el trato familiar? Componiendo en una lengua que, no siendo usual ni movediza, conserve su nobleza primitiva; en una lengua invariable é inmortal en sus destinos, y muerta para el uso comun: esa lengua es la latina.

En esta parte casi todo pende de la dirección de los profesores; á éstos incumbe dar á conocer las bellezas de los modelos latinos y dirigir á sus alumnos en la análisis y traducción, alentándoles para vencer las dificultades de su trabajo. Las primeras producciones serán defectuosas; mas con el ejercicio irán siendo más aliñadas y cada vez acercándose más á la perfección; cuando lleguen á traducir con soltura los discursos de los Padres, recogerán el fruto de su perseverante aplicación, porque sabrán presentar las ideas de tan grandes oradores engalanadas con los ricos adornos de nuestra lengua; entonces admirarán la elocuencia de aquellos Santos Doctores, y conocerán el perjuicio que ha causado á la juventud la preocupación de que es duro todo escrito en latin; porque confundiendo lo que se adquiere con leve trabajo con lo que es elocuente, sólo le agrada el fácil y conocido lenguaje pátrio: «Dulcius enim ab unoquoque suscipitur, quod patrio sermone narratur.» Casiodoro (1).

(1) *De instit. divin. Litter.*, præf., tomo II, fol. 538.

LECCION XXIX.

Cuándo y cómo se ha de predicar de memoria ó de concepto.

Los ejercicios de que acabamos de hablar harán conocer prácticamente á los jóvenes que la composición de los discursos predicables exige un trabajo serio, pero imprescindible. Quien por pereza ó presunción predicase sin haberse preparado convenientemente, faltaria, no sólo á la obligación que tiene de predicar al pueblo de una manera provechosa, sino tambien al respeto debido á la palabra divina, que, segun el precepto de San Pablo á Timoteo, debe ser bien manejada: «Recte tractantem verbum veritatis (1).»

San Juan Crisóstomo recomienda eficazmente al predicador que prepare y componga cuidadosamente sus discursos; y San Agustín escribia á San Jerónimo que no podia ocuparse como deseaba en ciertos estudios, porque todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones le necesitaba para preparar lo que habia de decir al pueblo fiel. Al concluir uno de sus sermones, decia: «Aprovechaos de lo que acabo de decir, cuya preparación me ha costado mucho trabajo.» «Magno labore quæsit, et inventa sunt.»

Todos los maestros están acordes sobre la necesidad de preparar lo que se ha de predicar; en lo que varían los pareceres es acerca del método que se ha de seguir. ¿Conviene escribir íntegramente los sermones, y predicarlos literalmente palabra por palabra, ó es preferible limitarse á meditar bien sobre la materia, y fijar el plan, consignar en el papel el orden que se ha de llevar, apuntar las principales pruebas y preparar las transiciones; notar algunas expresiones fuertes, determinadas formas ó figuras y despues de bien conceptuado pronunciarlo, dejando á la inspiración del momento la generalidad de los términos y el proceder del discurso?

Estas cuestiones son graves, y una resolución impremeditada puede conducir en la práctica á extremos trascendentalmente perjudiciales. Cuando se predica de memoria lo escrito, puede guardarse orden exacto y usar

(1) II ad Timot., II, 15.

un estilo severo y aliñado; en cambio el orador consume mucho tiempo en prepararse; se expone á que una distraccion le haga interrumpir el discurso, ó á que, preocupado con el cuidado de la memoria y esclavo del manuscrito, carezca de libertad para dejarse llevar de las inspiraciones que acaso reciba; á que la pronunciacion sea monotoná y nunca animada, ó la accion tan amañada que casi parezca á un niño que recita la leccion en la escuela. En tal caso el auditorio no se interesaria y permanecería bastante frío para observar los defectos que tal vez haya en la composicion y en su pronunciacion.

El que, por el contrario, improvise con las condiciones apuntadas, ahorrará mucho tiempo; ventaja muy atendible para quien, sobre la predicacion, tiene otras ocupaciones del ministerio; su discurso se desarrollará con libertad; nada cohibirá el movimiento natural del alma, y de su corazon apasionado saldrán palabras vivas y calurosas; su accion será propia y natural. Conmovidos los oyentes por esta fogosa elocuencia, se ocuparán necesariamente de lo que oyen; entrarán dentro de sí mismos, y sólo cuidarán del interés de su salvacion; se olvidarán del orador y aunque éste no guarde el mejor orden, cometa alguna impropiedad en la expresion, é incurra en alguna repeticion ó redundancia, los oyentes no percibirán esas pequeñeces, y en ningun caso harán por ellas un cargo al celoso predicador olvidado, al parecer, del arte, y atento exclusivamente á los intereses eternos de su auditorio.

Bien pesados los inconvenientes y ventajas de cada método, es indudable que el de la improvisacion es preferible por más natural, y hasta necesario á los que tienen sobre sí multiplicadas y graves ocupaciones del ministerio. Pero es de advertir al que haya de predicar por este método que necesita buen caudal de doctrina, copia de términos y facilidad para producirse. Los jóvenes, en general, carecen de estas condiciones y no deben improvisar en la predicacion solemne; pero pueden y deben ir adquiriendo las dotes de la improvisacion. En los primeros años del ministerio deben escribir con esmero sus sermones, y pronunciarlos de memoria; más adelante deben escribirlos, meditarlos y pronunciarlos sin atenerse literalmente al manuscrito; y cuando, merced á este trabajo, hayan adquirido sana y copiosa doctrina, madurado su juicio, depurado su gusto y formado

un buen estilo, entónces entréguese confiadamente á la improvisacion, y miren como enojosa y poco digna ocupacion, para los que prestan servicios importantes á la Iglesia, el consumir un tiempo precioso en redondear cláusulas, en limar frases, en buscar en todo el número, peso y medida: «Ne quid nimis.»

San Agustín, en sus dos obras didácticas sobre la elocuencia del púlpito, exige del orador que observe atentamente á su auditorio, y que, segun las necesidades de éste y la impresion que el discurso vaya produciendo, cambie el giro y abrevie ó retarde la conclusion, lo cual no pueden hacer los que predicán de memoria: «Quod in potestate non habent, qui præparata, et ad verbum memoriter retenta pronuntiant.» Al dar este consejo, se ha retratado á sí mismo; porque es fácil observar en sus sermones la insistencia con que, variando de forma, repite las ideas, y cómo su discurso va animándose á medida que su auditorio le comprende; si se quiere una prueba, entre las muchas que pudiéramos citar, véase su sermón CCLXXXVIII. No sólo San Agustín, sino todos los Santos Padres, pronunciaban por lo comun sus discursos, no de memoria, sino conceptuados; así lo aseguran Fenelon, decidido partidario de este método (1), y otros escritores de nota: pero nadie, que sepamos, se ha ocupado en probarlo: sólo el P. La Rue, en el prefacio de sus sermones, á la vez que recomienda con mucha eficacia el método de la improvisacion, cita tres casos en que San Agustín improvisó sus discursos (2).

Como es de interés para la historia de la elocuencia sagrada averiguar, cuanto sea posible, el método que en esta parte observaron los Santos Padres, indicaremos en la leccion próxima algunas reflexiones, y consignaremos varios hechos para esclarecer este punto.

LECCION XXX.

Los Santos Padres predicaban ordinariamente de concepto.

La simple lectura de las obras predicables de los Santos Padres nos descubre que no pronunciaban de memo-

(1) Fenelon recomienda este método en los diálogos I y II sobre la elocuencia.

(2) Coleccion de oradores sagrados.—Migne, tomo xxviii, página 199.